

CAPÍTULO 8

La infinitud de Dios

Padre Nuestro Celestial: Permítenos ver Tu gloria, aunque sea desde el refugio de la roca hendida y bajo la protección de Tu mano protectora. Cualquiera que sea el costo para nosotros en pérdida de amigos o bienes o duración de días, permítenos conocerte como Tú eres, para que podamos adorarte como debemos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El mundo es malo, los tiempos se retrasan, y la gloria de Dios se ha alejado de la Iglesia como la nube ardiente se alejó una vez de la puerta del Templo a la vista del profeta Ezequiel.

El Dios de Abraham ha retirado de nosotros su Presencia consciente, y otro Dios que nuestros padres no conocieron se instala entre nosotros. A este Dios lo hemos hecho nosotros y, porque lo hemos hecho nosotros, podemos comprenderlo; porque lo hemos creado nosotros, nunca podrá sorprendernos, nunca podrá "abrumarnos", ni asombrarnos, ni trascendernos.

El Dios de la gloria se reveló a veces como un sol para calentar y bendecir, ciertamente, pero a menudo para asombrar, abrumar y cegar antes de sanar y otorgar la vista permanente. Este Dios de nuestros padres quiere ser el Dios de su raza sucesiva. Sólo tenemos que prepararle una morada en el amor, la fe y la humildad. No tenemos más que desearlo lo suficiente, y Él vendrá y se manifestará a nosotros.

¿Permitiremos que un hombre santo y reflexivo nos exhorte? Escucha a Anselmo; o mejor aún, presta atención a sus palabras:

¡Levántate, hombre ligero! Huye un poco de tus ocupaciones; escóndete por un tiempo de tus pensamientos perturbadores. Desecha ahora tus agobiantes preocupaciones, y aparta tus penosos negocios. Cede un poco de espacio a Dios, y descansa un poco en Él. Entra en la cámara interior de tu mente; excluye todos los pensamientos excepto los de Dios y los que puedan ayudarte a buscarle. Habla ahora, corazón mío. Habla ahora a Dios, diciendo: Busco tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré".

De todo lo que se puede pensar o decir sobre Dios, Su Infinitud es lo más difícil de comprender. Incluso tratar de concebirla parecería contradictorio, ya que tal conceptualización requiere que emprendamos algo que, desde el principio, sabemos que nunca podremos lograr. Sin embargo, debemos intentarlo, porque las Sagradas Escrituras enseñan que Dios es infinito y, si aceptamos Sus otros atributos, necesariamente debemos aceptar también éste.

Del esfuerzo a la comprensión, no hay que retroceder porque el camino es difícil y no hay ayudas mecánicas para el ascenso. La vista es mejor más arriba y el viaje no es para los pies sino para el corazón. Busquemos, pues, los "trances del pensamiento y los ascensos de la mente" que Dios tenga a bien concedernos, sabiendo que el Señor a menudo derrama la vista sobre los ciegos y susurra a los niños de pecho y de pecho verdades jamás soñadas por los sabios y prudentes. Ahora los ciegos deben ver y los sordos oír. Ahora debemos esperar recibir los tesoros de las tinieblas y las riquezas ocultas de los lugares secretos.

Infinitud, por supuesto, significa ilimitación, y es obviamente imposible para una mente limitada captar la

Ilimitado. En este capítulo me veo obligado a pensar un paso por debajo de aquello sobre lo que estoy escribiendo, y el lector debe necesariamente pensar un grado por

debajo de aquello sobre lo que está tratando de pensar. ¡Oh, las profundidades de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son Sus juicios, y Sus caminos incomprensibles!

La razón de nuestro dilema ya se ha sugerido antes. Intentamos imaginar un modo de ser totalmente ajeno a nosotros y totalmente distinto de todo lo que hemos conocido en nuestro mundo familiar de materia, espacio y tiempo.

"Aquí, y en todas nuestras meditaciones sobre las cualidades y el contenido de Dios", escribe Novaciano, "vamos más allá de nuestro poder de concepción, ni puede la elocuencia humana expresar un poder proporcional a Su grandeza. Ante la contemplación y la expresión de su majestad, toda elocuencia enmudece, todo esfuerzo mental es débil. Porque Dios es más grande que la mente misma. Su grandeza no puede concebirse. Es más, si pudiéramos concebir su grandeza, sería menor que la mente humana que pudiera formarla. Él es más grande que todo lenguaje, y ningún enunciado puede expresarlo. De hecho, si alguna afirmación pudiera expresarlo, Él sería menos que el lenguaje humano, que con tal afirmación podría comprender y reunir todo lo que Él es. Todos nuestros pensamientos acerca de Él serán menores que Él, y nuestras más elevadas expresiones serán trivialidades en comparación con Él".

Desgraciadamente, la palabra infinito no siempre ha tenido su significado exacto, sino que se ha utilizado descuidadamente para significar simplemente mucho o muchísimo, como cuando decimos que un artista se esmera infinitamente con su cuadro o que una profesora muestra una paciencia infinita con su clase. En realidad, la palabra no puede referirse a nada creado ni a nadie más que a Dios. Por lo tanto, discutir sobre si el espacio es infinito o no es jugar con las palabras. La infinitud sólo puede pertenecer a Uno. No puede haber un segundo.

Cuando decimos que Dios es infinito queremos decir que no conoce límites. Sea lo que sea Dios y todo lo que Dios es, Él no tiene límites. Y aquí también debemos romper con el significado popular de las palabras. "Riqueza ilimitada" y "energía ilimitada" son otros ejemplos del mal uso de las palabras. Por supuesto que ninguna riqueza es ilimitada y ninguna energía ilimitada, a menos que estemos hablando de la riqueza y la energía de Dios.

De nuevo, decir que Dios es infinito es decir que no tiene medida. La medida es la forma que tienen las cosas creadas de darse cuenta de sí mismas. Describe limitaciones, imperfecciones, y no puede aplicarse a Dios. El peso describe la atracción gravitatoria de la tierra sobre los cuerpos materiales; la distancia describe los intervalos entre cuerpos en el espacio; la longitud significa extensión en el espacio, y hay otras medidas familiares como las del líquido, la energía, el sonido, la luz, y los números para las pluralidades. También intentamos medir cualidades abstractas, y hablamos de mucha o poca fe, de mucha o poca inteligencia, de grandes o escasos talentos.

¿No es evidente que todo esto no se aplica ni puede aplicarse a Dios? Es la forma en que vemos las obras de Sus manos, pero no la forma en que lo vemos a Él. Él está por encima de todo esto, fuera de ello, más allá de ello. Nuestros conceptos de medida abarcan montañas y hombres, átomos y estrellas, gravedad, energía, números, velocidad, pero nunca a Dios. No podemos hablar de medida o cantidad o tamaño o peso y al mismo tiempo estar hablando de Dios, porque estos hablan de grados y no hay grados en Dios. Todo lo que Él es, lo es sin crecimiento, adición o desarrollo. Nada en Dios es menos o más, o grande o pequeño. Él es lo que es en sí mismo, sin calificativos ni palabras. Él es simplemente Dios.

En el terrible abismo del Ser divino pueden yacer atributos de los que no sabemos nada y que no pueden tener ningún significado para nosotros, del mismo modo que los atributos de misericordia y gracia no pueden tener ningún significado personal para los serafines o querubines. Estos seres santos pueden conocer estas cualidades de Dios, pero ser incapaces de sentir las con compasión por la razón de que no han pecado y, por tanto, no invocan la misericordia y la gracia de Dios. Así que puede haber, y creo que seguramente los hay, otros aspectos del ser esencial de Dios que Él no ha revelado ni siquiera a Sus hijos rescatados e iluminados por el Espíritu. Estas facetas ocultas de la naturaleza de Dios se refieren a Su relación con nadie más que con Él mismo. Son como el otro lado de la

luna, que sabemos que está ahí pero que nunca ha sido explorada y no tiene un significado inmediato para los hombres de la tierra. No hay razón para que intentemos descubrir lo que no ha sido revelado. Basta con saber que Dios es Dios.

*Tu propio Ser llenando para
siempre Con llama
encendida por ti mismo,
¡En Ti mismo destilas Unciones sin
nombre!
Sin adoración de criaturas, Sin velar Tus rasgos, ¡Dios siempre el mismo!*

Frederick W. Faber

Pero la infinitud de Dios nos pertenece y se nos da a conocer para nuestro provecho eterno. Sin embargo, ¿qué significa para nosotros más allá de la mera maravilla de pensar en ello? Mucho en todos los sentidos, y más a medida que nos vamos conociendo mejor a nosotros mismos y a Dios.

Puesto que la naturaleza de Dios es infinita, todo lo que fluye de ella es también infinito. Nosotros, pobres criaturas humanas, nos vemos constantemente frustrados por las limitaciones que se nos imponen desde fuera y desde dentro. Los días de los años de nuestra vida son pocos, y más rápidos que la lanzadera de un tejedor. La vida es un corto y febril ensayo para un concierto que no podemos quedarnos a dar. Justo cuando parece que hemos alcanzado cierta destreza, nos vemos obligados a dejar nuestros instrumentos. Simplemente no hay tiempo suficiente para pensar, para llegar a ser, para realizar lo que la constitución de nuestra naturaleza indica que somos capaces de hacer.

Qué satisfacción tan completa volvernos de nuestras limitaciones a un Dios que no tiene ninguna. Años eternos yacen en Su corazón. Para Él el tiempo no pasa, permanece; y los que están en Cristo comparten con Él todas las riquezas del tiempo ilimitado y de los años sin fin. Dios nunca tiene prisa. No hay plazos contra los que Él deba trabajar. Sólo saber esto tranquiliza nuestros espíritus y relaja nuestros nervios. Para los que están fuera de Cristo, el tiempo es una bestia devoradora; ante los hijos de la nueva creación, el tiempo se agazapa, ronronea y lame sus manos. El enemigo de la vieja raza humana se convierte en el amigo de la nueva, y las estrellas en sus cursos luchan por el hombre que Dios se deleita en honrar. Esto podemos aprender de la infinitud divina.

Pero hay más. Los dones de Dios en la naturaleza tienen sus limitaciones. Son finitos porque han sido creados, pero el don de la vida eterna en Cristo Jesús es tan ilimitado como Dios. El hombre cristiano posee la propia vida de Dios y comparte con Él su infinitud. En Dios hay vida suficiente para todos y tiempo suficiente para disfrutarla. Todo lo que posee vida natural recorre su ciclo desde el nacimiento hasta la muerte y deja de ser, pero la vida de Dios vuelve sobre sí misma y no cesa nunca. Y ésta es la vida eterna: conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él ha enviado.

La misericordia de Dios también es infinita, y el hombre que ha sentido el dolor desgarrador de la culpa interior sabe que esto es más que académico. "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". El pecado que abunda es el terror del mundo, pero la gracia que abunda es la esperanza de la humanidad. Por mucho que abunde el pecado, sigue teniendo sus límites, pues es el producto de mentes y corazones finitos; pero el "mucho más" de Dios nos introduce en la infinitud. A nuestra profunda enfermedad de criatura se opone la infinita capacidad de Dios para curar.

El testimonio cristiano a lo largo de los siglos ha sido que "tanto amó Dios al mundo..."; nos queda ver ese amor a la luz de la infinitud de Dios. Su amor no tiene medida. Es más: no tiene límites. No tiene límites, porque no es una cosa, sino una faceta de la

naturaleza esencial de Dios. Su amor es algo que Él es, y porque Él es infinito ese amor puede envolver todo el mundo creado en sí mismo y tener espacio para diez mil veces diez mil mundos más.

*Este, este es el Dios que adoramos,
Nuestro fiel e inmutable Amigo, Cuyo amor es tan grande como Su poder,
Y no conoce medida ni fin.
Es Jesús, el primero y el último,
Cuyo Espíritu nos guiará seguros a casa; Le alabamos por todo lo pasado,
Y confía en Él para todo lo que está por venir. Joseph Hart*